

En este fragmento atribuido al célebre sofista de Leontini, Gorgias defiende a Helena, quien se fue a Troya con Paris o por disposición de los dioses, o arrebatada por la violencia, o persuadida por razones o cautivada por amor. En los cuatro casos debe ser considerada inocente e infortunada, nunca culpable. El texto que presentamos muestra cómo la fuerza de la palabra es tal que cuando se emplea con persuasión puede mover a la acción al margen de la voluntad. Gorgias, en cualquier caso, defiende una tesis contraria a la convencionalmente aceptada. Este ejercicio no es sino un juego para él, capaz de convencer a cualquiera de cualquier cosa, usando la palabra como una poderosa herramienta de convicción.

“Si fue la palabra lo que la convenció y engañó a su alma, tampoco en esto es difícil defenderse y disipar la culpa, de la siguiente manera:

La palabra es un gran soberano que con un cuerpo pequeñísimo y totalmente invisible realiza acciones divinas. Puede, en efecto, hacer cesar el miedo, eliminar el dolor, provocar la alegría, inspirar la compasión. Cómo sucede voy a explicarlo. Es preciso que lo explique para la opinión de los oyentes. Considero, así como lo digo, que cualquier clase de poesía es un discurso con medida; a quien la escucha penetra un escalofrío lleno de terror, una compasión que arranca las lágrimas, una codicia derretida de nostalgia; por efecto de la palabra el alma sufre un sufrimiento peculiar en relación a la suerte y al fracaso de hechos y personas ajenas.

Ea, pues, volvamos al discurso que llevamos. Los hechizos inspirados por medio de las palabras se convierten en creadores de placer, eliminadores de tristeza. Pues, mezclada con la opinión, la fuerza del encantamiento del alma la hechiza, persuade y transporta por su seducción.

Dos artes de seducción y de hechicería se inventaron: son los errores del alma y los engaños de la opinión. Cuántos han persuadido a cuántos sobre cuánto, y siguen persuadiendo forjando un discurso mentiroso. Pues si todo el mundo poseyese de todas las cosas el recuerdo de las pasadas, (la conciencia) de las presentes, la previsión de las futuras, el mismo discurso no sería como es: para nadie hay ahora la posibilidad de recordar el pasado ni de examinar el presente ni de adivinar el futuro. De manera que, sobre muchas cuestiones, la mayor parte de la gente entrega su alma a la opinión como consejera. La opinión, por ser vacilante e insegura, proyecta en quien se sirve de ella unas situaciones vacilantes e inseguras.

¿Qué motivo impide, pues, creer que Helena fue impelida por las palabras, pero no por la propia voluntad, como si fuese arrebatada por la violencia? Así se puede ver la fuerza de la persuasión: no tiene forma de inexorabilidad, pero tiene su potencia. La palabra, pues, que ha persuadido a un alma coacciona al alma que ha persuadido a cumplir los dictados y a consentir en los hechos.

Aquel, pues, que persuadió es el culpable, puesto que actuó forzando; quien obedeció es injustamente difamada puesto que se vio forzada por la palabra. Y puesto que la persuasión, cuando se añade a la palabra, moldea el alma como quiere, es preciso aprender, en primer lugar, los discursos de los meteorólogos, los cuales eliminando una opinión, construyendo otra, hicieron aparecer a los ojos de la opinión cosas increíbles y oscuras; en segundo lugar, los inevitables debates oratorios en los que un solo discurso, aunque no pronunciado según verdad, pero redactado con arte, deleita y convence a una

gran multitud; en tercer lugar, las contiendas de los discursos filosóficos: en ellas se pone de manifiesto con qué rapidez el pensamiento hace cambiar las creencias de la opinión. Hay una analogía entre el poder del discurso respecto de la disposición del alma y el poder de las medicinas en la regulación de los cuerpos. Algunas medicinas eliminan de los cuerpos ciertos humores y otras otros, y unas pueden hacer cesar el dolor, pero otras cesan la vida, así mismo, unos discursos pueden provocar pena, otros deleite, otros terror, otros disponen a los oyentes a la valentía, y otros, a través de una cierta persuasión nefasta, pueden drogar y seducir el alma.

Así pues, ha sido demostrado que si se la persuadió con la palabra, Helena no es culpable, sino infortunada.

(...)

¿Cómo, pues, se puede tener por justo el vituperio de Helena, la cual, tanto si hizo lo que hizo plenamente enamorada o persuadida por un discurso o raptada por la violencia, o bien forzada por una fuerza divina, ha de ser absuelta totalmente de la culpa ineluctable?

Eliminé con este discurso el deshonor de una mujer, me mantuve en la norma que había establecido al iniciar el discurso. Intenté abolir la injusticia del vituperio y la nescencia de la opinión. Quise escribir este discurso como un elogio de Helena, como un juego para mí.

*Gorgias, Elogio de Elena*